

así con licencia de los demás que en su barca venían, aunque no fuera menester pedirla, hizo que el cantor se pasase á su barca, así por gozar de cerca de su voz, como saber de sus sucesos, porque persona que en tales tiempos cantaba, ó sentía mucho, ó no tenía sentimiento alguno. Juntáronse las barcas, pasó el músico á la de Periandro, y todos los de ella le hicieron agradable recogida: entrando el músico, en medio portugués y en medio castellano dijo: Al cielo y á vosotros, señores, y á mi voz agradezco esta mudanza y esta mejora de navío: aunque creo que con mucha brevedad le dejaré libre de la carga de mi cuerpo, porque las penas que siento en el alma me van dando señales de que tengo la vida en sus últimos términos. Mejor lo hará el cielo, respondió Periandro, que pues yo soy vivo, no habrá trabajos que puedan matar á alguno. No sería esperanza aquella, dijo á esta sazón Auristela, á que pudiesen contrastar y derribar infortunios, pues así como la luz resplandece mas en las tinieblas, así la esperanza ha de estar mas firme en los trabajos; que el desesperarse en ellos es acción de pechos cobardes, y no hay mayor pusilanimidad ni bajeza que entregarse el trabajado (por mas que lo sea) á la desesperación. El alma ha de estar, dijo Periandro, el un pié en los labios y el otro en los dientes, si es que hablo con propiedad, y no ha de dejar de esperar su remedio, porque sería agraviar á Dios, que no puede ser agraviado, poniendo tasa y coto á sus infinitas misericordias. Todo es así, respondió el músico, y yo lo creo, á despecho y pesar de las experiencias que en el discurso de mi vida en mis muchos males tengo hechas.

No por estas pláticas dejaban de bogar, de modo que ántes de anochecer con dos horas llegaron á una isla también despoblada, aunque no de árboles, porque tenía muchos y llenos de fruto, que aunque pasado de sazón y seco, se dejaba comer: saltaron todos en tierra, en la cual vararon las barcas, y con gran prisa se dieron á desgajar árboles, y hacer una gruesa barraca para defenderse aquella noche del frío: hicieron asimismo fuego, ludiendo dos secos palos, el uno con el otro, artificio tan sabido como usado; y como todos trabajaban, en un punto se vió levantada la pobre máquina, donde se recogieron todos, supliendo con mucho fuego la incomodidad del sitio, pareciéndoles aquella choza dilatado alcázar. Satisficieron la hambre, y acomodáronse á dormir luego, si el deseo que Periandro tenía de saber el suceso del músico no le estorbara, porque le rogó si era posible les hiciese sabidores de sus desgracias, pues no podían ser venturas las que en aquellas partes le habían traído. Era cortés el cantor, y así, sin hacerse de rogar, dijo.

CAPITULO X.

De lo que contó el enamorado portugués.

Con mas breves razones de las que sean posibles, daré fin á mi cuento, con darle al de mi vida, si es que tengo de dar crédito á cierto sueño que la pasada noche me turbó el alma.

Yo, señores, soy portugués de nación, noble en sangre, rico en los bienes de fortuna, y no pobre en los de naturaleza: mi nombre es Manuel de Sosa Coutiño, mi patria Lisboa y mi ejercicio el de soldado: junto á la casa de mis padres, casi pared en medio, estaba la de otro caballero del antiguo linaje de los Pereiras, el cual te-

nia sola una hija, única heredera de sus bienes, que eran muchos, báculo y esperanza de la prosperidad de sus padres, la cual por el linaje, por la riqueza y por la hermosura era deseada de todos los mejores del reino de Portugal; y yo, que como mas vecino de su casa, tenía mas comodidad de verla, la miré, la conocí y la adoré con una esperanza mas dudosa que cierta, de que podría ser viniere á ser mi esposa; y por ahorrar de tiempo y por entender que con ella habían de valer poco requiebros, promesas ni dádivas, determiné de que un pariente mio se la pidiese á sus padres para esposa mía, pues ni en el linaje, ni en la hacienda, ni aun en la edad diferenciábamos en nada. La respuesta que trajo fué, que su hija Leonora aun no estaba en edad de casarse, que dejase pasar dos años, que le daba la palabra de no disponer de su hija en todo aquel tiempo sin hacerme sabidor dello. Llevé este primer golpe en los hombros de mi paciencia y en el escudo de la esperanza; pero no dejé por esto de servirla públicamente á sombra de mi honesta pretension, que luego se supo por toda la ciudad; pero ella retirada en la fortaleza de su prudencia y en los retretes de su recato, con honestidad y licencia de sus padres admitía mis servicios, y daba á entender, que si no los agradecía con otros, por lo ménos no los desestimaba.

Sucedió que en este tiempo mi rey me envió por capitán general á una de las fuerzas que tiene en Berbería, oficio de calidad y de confianza: llegóse el día de mi partida, y pues en él no llegó el de mi muerte, no hay ausencia que mate, ni dolor que consuma; hablé á su padre, hícele que me volviese á dar la palabra de la espera de los dos años, túvome lástima, porque era discreto, y consintió que me despidiese de su mujer y de su hija Leonora, la cual, en compañía de su madre, salió á verme á una sala, y salieron con ella la honestidad, la gallardía y el silencio. Pasméme cuando vi tan cerca de mí tanta hermosura; quise hablar, y añudóseme la voz á la garganta y pegóseme al paladar la lengua, y no supe ni pude hacer otra cosa que callar y dar con mi silencio indicio de mi turbación, la cual vista por el padre, que era tan cortés como discreto, se abrazó conmigo, y dijo: Nunca, señor Manuel de Sosa, los días de partida dan licencia á la lengua que se desmande, y puede ser que este silencio hable en su favor de vuesa merced mas que alguna otra retórica: vuesa merced vaya á ejercer su cargo, y vuelva en buen punto, que yo no faltaré ninguno en lo que tocare á servirle; Leonora mi hija es obediente, y mi mujer desea darne gusto, y yo tengo el deseo que he dicho; que con estas tres cosas me parece que puede esperar vuesa merced buen suceso en lo que desea.

Estas palabras todas me quedaron en la memoria y en el alma impresas de tal manera, que no se me han olvidado ni se me olvidarán en tanto que la vida me durare: ni la hermosa Leonora ni su madre me dijeron palabra, ni yo pude, como he dicho, decir alguna: partíme á Berbería, exercí mi cargo con satisfacción de mi rey, dos años; volví á Lisboa, hallé que la fama y hermosura de Leonora había salido ya de los límites de la ciudad y del reino, y extendiéndose por Castilla y otras partes, de las cuales venían embajadas de príncipes y señores que la pretendían por esposa; pero como ella tenía la voluntad tan sujeta á la de sus padres, no miraba si era ó no

solicitada. En fin, viendo yo pasado el término de los dos años, volví á suplicar á su padre me la diese por esposa: ¡ay de mí, que no es posible que me detenga en estas circunstancias! porque á las puertas de mi vida está llamando la muerte, y temo que no me ha de dar espacio para contar mis desventuras, que si así fuese no las tendría yo por tales: finalmente, un día me avisaron que para un domingo venidero me entregarían á mi deseada Leonora, cuya nueva faltó poco para no quitarme la vida de contento; convidé á mis parientes, llamé á mis amigos, hice galas, envié presentes con todos los requisitos que pudiesen mostrar ser yo el que me casaba, y Leonora la que había de ser mi esposa.

Llegóse este día, y yo fui acompañado de todo lo mejor de la ciudad á un monasterio de monjas que se llaman de la Madre de Dios, adonde me dijeron que mi esposa desde el día de ántes me esperaba, que había sido su gusto que en aquel monasterio se celebrase su desposorio con licencia del arzobispo de la ciudad. Detúvose algun tanto el lastimado caballero, como para tomar aliento de proseguir su plática, y luego dijo: Llegué al monasterio, que real y pomposamente estaba adornado: salieron á recibirme casi toda la gente principal del reino, que allí aguardándose estaba con infinitas señoras de la ciudad, de las mas principales: hundíase el templo de música, así de voces como de instrumentos, y en esto salió por la puerta del claustro la sin par Leonora, acompañada de la priora y de otras muchas monjas, vestida de raso blanco acuchillado con saya entera á lo castellano, tomadas las cuchilladas con ricas y gruesas perlas; venía aferrada la saya en tela de oro verde, traía los cabellos sueltos por las espaldas, tan rubios que deslumbaban los del sol, y tan luengos que casi besaban la tierra; la cintura, collar y anillos que traía, opiniones hubo que valían un reino; tornó á decir, que salió tan bella, tan costosa, tan gallarda y tan ricamente compuesta y adornada, que causó invidia en las mujeres y admiración en los hombres: de mí sé decir que quedé tal con su vista, que me hallé indigno de merecerla, por parecerme que la agraviaba, aunque yo fuera el emperador del mundo.

Estaba hecho un modo de teatro en mitad del cuerpo de la iglesia, donde desenfadadamente y sin que nadie lo empachase se había de celebrar nuestro desposorio: subió en él primero la hermosa doncella, donde al descubierta mostró su gallardía y gentileza. Pareció á todos los ojos que la miraban lo que suele parecer la bella aurora al despuntar del día, ó lo que dicen las antiguas fábulas que parecía la casta Diana en los bosques, y algunos creo que hubo tan discretos que no la acertaron á comparar sino á sí misma: subí yo al teatro, pensando que subía á mi cielo, y puesto de rodillas ante ella, casi di demostración de adorarla. Alzóse una voz en el templo procedida de otras muchas, que decía: Vivid felices y luengos años en el mundo, ó dichosos y bellísimos amantes; coronen presto hermosísimos hijos vuestra mesa, y á largo andar se dilate vuestro amor en vuestros nietos; no sepan los rabiosos celos ni las dudosas sospechas la morada de vuestros pechos; ríndase la invidia á vuestros piés, y la buena fortuna no acierte á salir de vuestra casa. Todas estas razones y deprecaciones santas me colmaban el alma de contento, viendo con qué gusto general llevaba el pueblo mi ventura: en esto la

hermosa Leonora me tomó por la mano, y así en pié como estábamos, alzando un poco la voz, me dijo: Bien sabéis, señor Manuel de Sosa, cómo mi padre os dió palabra que no dispondría de mi persona en dos años, que se habían de contar desde el día que me pedistes fuese yo vuestra esposa, y también, si mal no me acuerdo, os dije yo, viéndome acosada de vuestra solicitud y obligada de los infinitos beneficios que me habeis hecho, mas por vuestra cortesía que por mis merecimientos, que yo no tomaría otro esposo en la tierra sino á vos: esta palabra mi padre os la ha cumplido, como habeis visto, y yo os quiero cumplir la mía, como veréis; y así porque sé que los engaños, aunque sean honrosos y provechosos, tienen un no sé qué de traición cuando se dilatan y entretienen, quiero, del que os parecerá que os he hecho, sacaros en este instante. Yo, señor mio, soy casada, y en ninguna manera siendo mi esposo vivo, puedo casarme con otro; yo no os dejo por ningún hombre de la tierra, sino por uno del cielo, que es Jesucristo, Dios y hombre verdadero: él es mi esposo, á él le di la palabra primero que á vos, á él sin engaño y de toda mi voluntad, y á vos con disimulación y sin firmeza alguna: yo confieso que para escoger esposo en la tierra ninguno os pudiera igualar, pero habiéndole de escoger en el cielo, ¿quién como Dios? Si esto os parece traición ó descomedido trato, dadme la pena que quisiéredes y el nombre que se os antojare, que no habrá muerte, promesa ó amenaza que me aparte del Crucificado esposo mio. Calló, y al mismo punto la priora y las otras monjas comenzaron á desnudarla y á cortarle la preciosa madeja de sus cabellos: yo enmudecí, y por no dar muestra de flaqueza tuve cuenta con reprimir las lágrimas que me venían á los ojos, y hincándome otra vez de rodillas ante ella, casi por fuerza la besé la mano, y ella cristianamente compasiva me echó los brazos al cuello: alcéme en pié, y alzando la voz de modo que todos me oyesen, dije: *Maria optimam partem elegit*; y diciendo esto me bajé del teatro, y acompañado de mis amigos me volví á mi casa, donde yendo y viniendo con la imaginación en este extraño suceso, vine casi á perder el juicio, y ahora por la misma causa vengo á perder la vida; y dando un gran suspiro, se le salió el alma, y dió consigo en el suelo.

CAPITULO XI.

Llegan á otra isla, donde hallan buen acogimiento.

Acudió con presteza Periandro á verle, y halló que había espirado de todo punto, dejando á todos confusos y admirados del triste y no imaginado suceso. Con este sueño, dijo á esta sazón Auristela, se ha excusado este caballero de contarnos qué le sucedió en la pasada noche, los trances por donde vino á tan desastrado término, y á la prisión de los bárbaros, que sin duda debían de ser casos tan desesperados como peregrinos. A lo que añadió el bárbaro Antonio: Por maravilla hay desdichado que solo lo sea en sus desventuras: compañeros tienen las desgracias, y por aquí ó por allí, siempre son grandes, y entónces lo dejan de ser cuando acaban con la vida del que las padece: dieron luego orden de enterralle como mejor pudieron, sirvióle de mortaja su mismo vestido, de tierra la nieve y de cruz la que le hallaron en el pecho en un escapulario, que era la de Cristo, por ser caballero de su hábito; y no fuera menester hallarle esta

honrosa señal para enterarse de su nobleza, pues las habían dado bien claras su grave presencia y razonar discreto. No faltaron lágrimas que le acompañasen, porque la compasión hizo su oficio, y las sacó de todos los ojos de los circunstantes: amaneció en esto, volvieron las barcas al agua, pareciéndoles que el mar les esperaba sosegado y blando, y entre tristes y alegres, entre temor y esperanza siguieron su camino, sin llevar parte cierta adonde encaminalle.

Están todos aquellos mares casi cubiertos de islas, todas, ó las mas, despobladas; y las que tienen gente, es rústica y medio bárbara, de poca urbanidad y de razones duros é insolentes, y con todo esto deseaban topar alguna que los acogiese, porque imaginaban que no podían ser tan crueles sus moradores que no lo fuesen mas las montañas de nieve y los duros y ásperos riscos de las que atrás dejaban. Diez días mas navegaron sin tomar puerto, playa ó abrigo alguno, dejando á entrambas partes, diestra y siniestra, islas pequeñas que no prometían estar pobladas de gente. Puesta la mira en una gran montaña que á la vista se les ofrecía, pugnaban con todas sus fuerzas llegar á ella con la mayor brevedad que pudiesen, porque ya sus barcas hacían agua, y los bastimentos á mas andar iban faltando: en fin, mas con la ayuda del cielo, como se debe creer, que con las de sus brazos, llegaron á la deseada isla, y vieron andar dos personas por la marina, á quien con grandes voces preguntó Transila, qué tierra era aquella, quién la gobernaba, y si era de cristianos católicos. Respondieronle en lengua que ella entendió, que aquella isla se llamaba Golandia, y que era de católicos, puesto que estaba despoblada, por ser tan poca la gente que tenía, que no ocupaba mas de una casa, que servía de meson á la gente que llegaba á un puerto que estaba detras de un peñon, que señaló con la mano; y si vosotros, quien quiera que seáis, queréis repararos de algunas faltas, seguidnos con la vista, que nosotros os pondremos en el puerto.

Dieron gracias á Dios los de las barcas, y siguieron por la mar á los que los guiaban por la tierra, y al volver del peñon que les habían señalado, vieron un abrigo que podía llamarse puerto, y en él hasta diez ó doce bajeles, dellos chicos, dellos medianos y dellos grandes; y fué grande la alegría que de verlos recibieron, pues les daba esperanza de mudar de navíos, y seguridad de caminar con certeza á otras partes. Llegaron á tierra; salieron así gente de los navíos, como del meson á recibirles; saltó en tierra en hombros de Periandro y de los dos bárbaros, padre é hijo, la hermosa Auristela, vestida con el vestido y adorno con que fué Periandro vendido á los bárbaros por Arnaldo. Salió con ella la gallarda Transila, y la bella bárbara Constanza con Riela su madre, y todos los demas de las barcas acompañaron este escuadron gallardo. De tal manera causó admiración, espanto y asombro la bellísima escuadra en los de la mar y la tierra, que todos se postraron en el suelo, y dieron muestras de adorar á Auristela: mirábanla callando y con tanto respeto, que no acertaban á mover las lenguas por no ocuparse en otra cosa que en mirar. La hermosa Transila, como ya había hecho experiencia de que entendían su lengua, fué la primera que rompió el silencio, diciéndoles: A vuestro hospedaje nos ha traído la nuestra hasta hoy contraria fortuna: en nuestro traje y en nuestra

mansedumbre echaréis de ver que ántes buscamos paz que guerra, porque no hacen batallas las mujeres, ni los varones afligidos: acogednos, señores, en vuestro hospedaje y en vuestros navíos, que las barcas que aquí nos han conducido, aquí dejan el atrevimiento y la voluntad de tornar otra vez á entregarse á la inestabilidad del mar: si aquí se cambia por oro ó por plata lo necesario que se busca, con facilidad y abundancia seréis recompensados de lo que nos diéredes, que por subidos precios que lo vendáis, lo recibiremos como si fuese dado.

Uno (milagro extraño) que parecía ser de la gente de los navíos, en lengua española respondió: De corto entendimiento fuera, hermosa señora, el que dudara la verdad que dices, que puesto que la mentira se disimula, y el daño se disfraza con la máscara de la verdad y del bien, no es posible que haya tenido lugar de acogerse á tan gran belleza como la vuestra. El patron deste hospedaje es cortesísimo, y todos los destas naves ni mas ni ménos: mirad si os da mas gusto volveros á ellas, ó entrar en el hospedaje, que en ellas y en él seréis recibidos y tratados como vuestra presencia merece. Entónces viendo el bárbaro Antonio, ó oyendo, por mejor decir, hablar su lengua, dijo: Pues el cielo nos ha traído á parte que suene en mis oídos la dulce lengua de mi nación, casi tengo ya por cierto el fin de mis desgracias: vamos, señores, al hospedaje, y en reposando algun tanto, darémos orden en volver á nuestro camino con mas seguridad que la que hasta aquí hemos traído. En esto un grumete que estaba en lo alto de una gavia, dijo á voces en lengua inglesa: Un navío se descubre, que con tendidas velas, y mar y viento en popa viene la vuelta deste abrigo. Alborotáronse todos, y en el mismo lugar donde estaban, sin moverse un paso, se pusieron á esperar el bajel, que tan cerca se descubría, y cuando estuvo junto, vieron que las hinchadas velas las atravesaban unas cruces rojas, y conocieron que en una bandera que traía en el peñolo de la mayor gavia venían pintadas las armas de Ingalaterra; disparó en llegando dos piezas de gruesa artillería, y luego hasta obra de veinte arcabuces: de la tierra les fué hecha señal de paz con alegres voces, porque no tenían artillería con que responderle.

CAPITULO XII.

Donde se cuenta de qué parte y quién eran los que venían en el navío.

Hecha, como se ha dicho, la salva de entrambas partes, así del navío como de la tierra, al momento echaron áncoras los de la nave, y arrojaron el esquife al agua, en el cual el primero que saltó, despues de cuatro marineros que le adornaron con tapetes, y asieron de los remos, fué un anciano varon, al parecer de edad de sesenta años, vestido de una ropa de terciopelo negro, que le llegaba á los piés, forrada en felpa negra, y ceñida con una de las que llaman colonias de seda: en la cabeza traía un sombrero alto y puntiagudo, asimismo al parecer de felpa. Tras él bajó al esquife un gallardo y brioso mancebo, de poco mas edad de veinte y cuatro años, vestido á lo marinero, de terciopelo negro, una espada dorada en las manos y una daga en la cinta: luego como si los arrojarán, echaron de la nave al esquife un hombre lleno de cadenas, y una mujer con él enredada y presa con las cadenas mismas: él de hasta cuarenta años de edad, y ella de mas de cincuenta; él brioso y despe-

chado, y ella melancólica y triste: impelieron el esquife los marineros: en un instante llegaron á tierra, adonde en sus hombros, y en los de otros soldados arcabuceros que en el barco venían, sacaron á tierra al viejo y al mozo, y á los dos prisioneros. Transila, que como los demas había estado atentísima mirando los que en el esquife venían, volviéndose á Auristela, le dijo: Por tu vida, señora, que me cubras el rostro con ese velo que traes atado al brazo, porque, ó yo tengo poco conocimiento, ó son algunos de los que vienen en este barco personas que yo conozco y me conocen: hizolo así Auristela, y en esto llegaron los de la barca á juntarse con ellos, y todos se hicieron bien criados recibimientos: fué derecho el anciano de la felpa á Transila, diciendo: Si mi ciencia no me engaña, y la fortuna no me desfavorece, próspera habrá sido la mia con este hallazgo; y diciendo y haciendo, alzó el velo del rostro de Transila, y se quedó desmayado en sus brazos, que ella se los ofreció y se los puso porque no diese en tierra.

Sin duda se puede creer que este caso de tanta novedad, y tan no esperado, puso en admiración á los circunstantes, y mas cuando oyeron decir á Transila: ¡Oh padre de mi alma! ¿qué venida es esta? ¿quién trae á vuestras venerables canas y á vuestros cansados años por tierras tan apartadas de la vuestra? ¿Quién le ha de traer, dijo á esta sazón el brioso mancebo, sino el buscar la ventura que sin vos le faltaba? él y yo, dulcísima señora y esposa mia, venimos buscando el norte que nos ha de guiar adonde hallemos el puerto de nuestro descanso; pero pues ya, gracias sean dadas á los cielos, le hemos hallado, haz, señora, que vuelva en sí tu padre Mauricio, y consiente que de su alegría reciba yo parte, recebiéndole á él como á padre, y á mí como á tu legítimo esposo. Volvió en sí Mauricio, y sucedióle en su desmayo Transila: acudió Auristela á su remedio, pero no osó llegar á ella Ladislao, que este era el nombre de su esposo, por guardar el honesto decoro que á Transila se le debía; pero como los desmayos que suceden de alegres y no pensados acontecimientos, ó quitan la vida en un instante, ó no duran mucho, fué pequeño espacio el en que estuvo Transila desmayada. El dueño de aquel meson ó hospedaje dijo: Venid, señores, todos adonde con mas comodidad y ménos frio del que aquí hace os deis cuenta de vuestros sucesos: tomaron su consejo y fuéronse al meson, y hallaron que era capaz de alojar una flota. Los dos encadenados se fueron por su pié, ayudándoles á llevar sus hierros los arcabuceros, que como en guarda con ellos venían: acudieron á sus naves algunos, y con tanta priesa como buena voluntad trajeron della los regalos que tenían; hizose lumbre, pusieron las mesas, y sin tratar entónces de otra cosa, satisficieron todos la hambre, más con muchos géneros de pescados, que con carnes, porque no se sirvió otra que la de muchos pájaros, que se crían en aquellas partes, de tan extraña manera, que por ser rara y peregrina, me obliga á que aquí la cuente.

Hincanse unos palos en la orilla de la mar y entre los escollos, donde las aguas llegan, los cuales palos de allí á poco tiempo todo aquello que cubre el agua se convierte en dura piedra, y lo que queda fuera del agua se pudre y se corrompe, de cuya corrupción se engendra un pequeño pajarillo, que volando á la tierra se hace grande, y tan sabroso de comer, que es uno de los me-

jores manjares que se usan: y donde hay mas abundancia dellos es en las provincias de Ibernia y de Irlanda, el cual pájaro se llama barnaclas. El deseo que tenían todos de saber los sucesos de los recién llegados les hacía parecer larga la comida, la cual acabada, el anciano Mauricio dió una gran palmada en la mesa, como dando señal de pedir que con atención le escuchasen: enmudecieron todos, y el silencio les selló los labios, y la curiosidad les abrió los oídos, viendo lo cual Mauricio soltó la voz en tales razones:

En una isla, de siete que están circunvecinas á la de Ibernia, nació yo y tuvo principio mi linaje, tan antiguo, bien como aquel que es de los Mauricios, que en decir este apellido le encarezco todo lo que puedo; soy cristiano católico, y no de aquellos que andan mendigando la fe verdadera entre opiniones: mis padres me criaron en los estudios, así de las armas como de las letras (si se puede decir que las armas se estudian): he sido aficionado á la ciencia de astrología judiciaria, en la cual he alcanzado famoso nombre; caséme, en teniendo edad para tomar estado, con una hermosa y principal mujer de mi ciudad, de la cual tuve esta hija que está aquí presente: seguí las costumbres de mi patria, á lo ménos en cuanto á las que parecían ser niveladas con la razon, y en las que no, con apariencias fingidas mostraba seguir las: que tal vez la disimulacion es provechosa; creció esta muchacha á mi sombra, porque le faltó la de su madre, á dos años despues de nacida, y á mí me faltó el arriño de mi vejez, y me sobró el cuidado de criar la hija; y por salir dél, que es carga difícil de llevar de cansados y ancianos hombros, en llegando á casi edad de darle esposo, en que le diese arriño y compañía, lo puse en efecto, y el que le escogí fué este gallardo mancebo que tengo á mi lado, que se llama Ladislao, tomando consentimiento primero de mi hija, por parecerme acertado y aun conveniente que los padres casen á sus hijas con su beneplácito y gusto, pues no le dan compañía por un día, sino por todos aquellos que les durare la vida, y de no hacer esto así, se han seguido, siguen y seguirán millares de inconvenientes, que los mas suelen parar en desastrosos sucesos.

Es pues de saber, que en mi patria hay una costumbre, entre muchas malas, la peor de todas; y es, que concertado el matrimonio y llegado el día de la boda, en una casa principal, para esto diputada, se juntan los novios y sus hermanos, si los tienen, con todos los parientes mas cercanos de entrambas partes, y con ellos el regimiento de la ciudad, los unos para testigos y los otros para verdugos, que así los puedo y debo llamar: está la desposada en un rico apartamiento, esperando lo que no sé cómo pueda decirlo, sin que la vergüenza no me turbe la lengua. Está esperando, digo, á que entren los hermanos de su esposo, si los tiene, y algunos de sus parientes mas cercanos, de uno en uno, á coger las flores de su jardín, y á manosear los ramilletes que ella quisiera guardar intactos para su marido: costumbre bárbara y maldita que va contra todas las leyes de la honestidad y del buen decoro: porque ¿qué dote puede llevar mas rico una doncella, que serlo? ni ¿qué limpieza puede ni debe agradar mas al esposo, que la que la mujer lleva á su poder en su entereza? La honestidad siempre anda acompañada con la vergüenza, y la vergüenza con la honestidad, y si la una ó la otra comienzan á des-

moronarse y á perderse, todo el edificio de la hermosura dará en tierra, y será tenido en precio bajo y asqueroso. Muchas veces habia yo intentado de persuadir á mi pueblo dejase esta prodigiosa costumbre; pero apenas lo intentaba, cuando se me daba en la boca con mil amenazas de muerte, donde vine á verificar aquel antiguo a-lagio, que vulgarmente se dice, que la costumbre es otra naturaleza, y el mudarla se siente como la muerte. Finalmente, mi hija se encerró en el retraimiento dicho, y estuve esperando su perdicion; y cuando queria ya entrar un hermano de su esposo á dar principio al torpe trato, veis aquí, donde veo salir con una lanza terciada en las manos á la gran sala, donde toda la gente estaba, Transila hermosa como el sol, brava como una leona, y airada como una tigre.

Aquí llegaba de su historia el anciano Mauricio, escuchándole todos con la atencion posible, cuando revisitiéndosele á Transila el mismo espíritu que tuvo, al tiempo que se vió en el mismo acto y ocasion que su padre contaba, levantándose en pié, con lengua á quien suele turbar la cólera, con el rostro becho brasa y los ojos fuego, en efecto, con ademan que la pudiera hacer menos hermosa, si es que los accidentes tienen fuerzas de menoscabar las grandes hermosuras, quitándole á su padre las palabras de la boca, dijo las del siguiente capítulo.

CAPITULO XIII.

Donde Transila prosigue la historia á quien su padre dió principio.

Salí, dijo Transila, como mi padre ha dicho, á la gran sala, y mirando á todas partes, en alta y colérica voz dije: Hacedos adelante vosotros, aquellos cuyas deshonestas y bárbaras costumbres van contra las que guarda cualquier bien ordenada república. Vosotros, digo, mas lascivos que religiosos, que con apariencia y sombra de ceremonias vanas, quereis cultivar los ajenos campos sin licencia de sus legítimos dueños. Veisme aquí, gente mal perdida y peor aconsejada, venid, venid, que la razon puesta en la punta desta lanza defenderá mi partido, y quitará las fuerzas á vuestros malos pensamientos, tan enemigos de la honestidad y de la limpieza. Y en diciendo esto, salté en mitad de la turba, y rompiendo por ella, salí á la calle, acompañada de mi mismo enojo, y llegué á la marina, donde cifrando mil discursos, que en aquel tiempo hice, en uno, me arrojé en un pequeño barco que sin duda me deparó el cielo, y asiendo de dos pequeños remos, me alargué de la tierra todo lo que pude; pero viendo que se daban priesa á seguirme en otros muchos barcos, mas bien parados y de mayores fuerzas impelidos, y que no era posible escaparme, solté los remos, y volví á tomar mi lanza, con intencion de esperarles, y no dejar llevarme á su poder, sino perdiendo la vida, vengando primero en quien pudiese mi agravio. Vuelvo á decir otra vez, que el cielo conmovido de mi desgracia avivó el viento y llevó el barco, sin impelerle los remos, el mar adentro, hasta que llegó á una corriente ó raudal que le arrebató como en peso, y le llevó mas adentro, quitando la esperanza á los que tras mí venian de alcanzarme, que no se aventuraron á entrar en la desenfadada corriente que por aquella parte el mar llevaba. Así es verdad, dijo á esta sazón su esposo Ladislao, porque como me llevabas el alma, no pude dejar de seguirte; sobrevino la noche, y perdimos de

vista, y aun perdimos la esperanza de hallarte viva, si no fuese en las lenguas de la fama, que desde aquel punto tomó á su cargo el celebrar tal hazaña por siglos eternos.

Es pues el caso, prosiguió Transila, que aquella noche un viento, que de la mar soplabá, me trajo á la tierra, y en la marina hallé unos pescadores que benignamente me recogieron y albergaron, y aun me ofrecieron marido, si no le tenia, y creo sin aquellas condiciones de quien yo iba huyendo: pero la codicia humana que reina y tiene su señorío aun entre las peñas y riscos del mar y en los corazones duros y campestres, se entró aquella noche en los pechos de aquellos rústicos pescadores, y acordaron entre sí, que pues de todos era la presa que en mí tenían, y que no podia ser dividida en partes para poder repartirme, que me vendiesen á unos cosarios que aquella tarde habian descubierto no léjos de sus pesquerías. Bien pudiera yo ofrecerles mayor precio del que ellos pudieran pedir á los cosarios, pero no quise tomar ocasion de recibir bien alguno de ninguno de mi bárbara patria; y así al amanecer, habiendo llegado allí los piratas, me vendieron, no sé por cuanto, habiéndome primero despojado de las joyas que llevaba de desposada: lo que sé decir es, que me trataron los cosarios con mejor término que mis ciudadanos, y me dijeron que no fuese melancólica, porque me llevaban no para ser esclava, sino para esperar ser reina y aun señora de todo el universo, si ya no mentan ciertas profecías de los bárbaros de aquella isla, de quien tanto se hablaba por el mundo. De cómo llegué, del recibimiento que los bárbaros me hicieron, de cómo aprendí su lengua en este tiempo que há que falté de vuestra presencia, de sus ritos, ceremonias y costumbres, del vano asunto de sus profecías, y del hallazgo destes señores con quien vengo, y del incendio de la isla, que ya queda abrasada, y de nuestra libertad, diré otra vez, que por agora basta lo dicho, y quiero dar lugar á que mi padre me diga, qué ventura le ha traído á dármele tan buena, cuando menos la esperaba.

Aquí dió fin Transila á su plática, teniendo á todos colgados de la suavidad de su lengua, y admirados del extremo de su hermosura, que despues de la de Auristela ninguna se le igualaba. Mauricio, su padre, entónces dijo: Ya sabes, hermosa Transila, querida hija, cómo en mis estudios y ejercicios, entre otros muchos gustos y loables, me llevaron tras sí los de la astrología judiciaria, como aquellos que cuando aciertan, cumplen el natural deseo que todos los hombres tienen, no solo de saber lo pasado y presente, sino lo por venir. Viéndote pues perdida, noté el punto, observé los astros, miré el aspecto de los planetas, señalé los sitios y casas necesarias para que respondiese mi trabajo á mi deseo: porque ninguna ciencia, en cuanto á ciencia, engaña; el engaño está en quien no la sabe, principalmente la del astrología, por la velocidad de los cielos que se lleva tras sí todas las estrellas, las cuales no influyen en este lugar lo que en aquel, ni en aquel lo que en este: y así el astrólogo judiciario, si acierta alguna vez en sus juicios, es por arrimarse á lo mas probable y á lo mas experimentado; y el mejor astrólogo del mundo, puesto que muchas veces se engaña, es el demonio; porque no solamente juzga de lo por venir por la ciencia que se sabe, sino tambien por las premisas y conjeturas; y como há

tanto tiempo que tiene experiencia de los casos pasados y tanta noticia de los presentes, con facilidad se arroja á juzgar de los por venir, lo que no tenemos los aprendices desta ciencia, pues hemos de juzgar siempre á tiento y con poca seguridad; con todo eso alcancé que tu perdicion habia de durar dos años, y que te habia de cobrar este dia y en esta parte, para remozar mis canas y para dar gracias á los cielos del hallazgo de mi tesoro, alegrando mi espíritu con tu presencia, puesto que sé que ha de ser á costa de algunos sobresaltos; que por la mayor parte las buenas andanzas no vienen sin el contrapeso de desdichas, las cuales tienen jurisdiccion y un modo de licencia de entrarse por los buenos sucesos, para darnos á entender que ni el bien es eterno, ni el mal durable. Los cielos serán servidos, dijo á esta sazón Auristela, que habia gran tiempo que callaba, de darnos próspero viaje, pues nos le promete tan buen hallazgo. La mujer prisionera, que habia estado escuchando con grande atencion el razonamiento de Transila, se puso en pié á pesar de sus cadenas y al de la fuerza que le hacia para que no se levantase el que con ella venia preso, y con voz levantada dijo.

CAPITULO XIV.

Donde se declara quién eran los que tan ahorrados venian.

Si es que los afligidos tienen licencia para hablar ante los venturosos, concédaseme á mí por esta vez, donde la brevedad de mis razones templará el fastidio que tuviéredes de escuchallas. Haste quejado, dijo (volviéndose á Transila), señora doncella, de la bárbara costumbre de los de tu ciudad, como si lo fuera aliviar el trabajo á los menesterosos, y quitar la carga á los flacos: sí; que no es error (por bueno que sea un caballo) pasear la carrera primero que se ponga en él su dueño, ni va contra la honestidad el uso y costumbre, si en él no se pierde la honra, y se tiene por acertado lo que no lo parece: sí; que mejor gobernará el timon de una nave el que hubiere sido marinero, que no el que sale de las escuelas de la tierra para ser piloto: la experiencia en todas las cosas es la mejor muestra de las artes, y así mejor te fuera entrar experimentada en la compañía de tu esposo, que rústica é inculta. Apenas oyó esta razon última el hombre que consigo venia atado, cuando dijo, poniéndole el puño cerrado junto al rostro, amenázandole: ¡Oh Rosamunda, ó por mejor decir, rosa inmunda, porque munda ni lo fuistes, ni lo eres, ni lo serás en tu vida, si vivieses mas años que los mismos tiempos; y así no me maravillo de que te parezca mal la honestidad ni el buen recato á que están obligadas las honradas doncellas.

Sabed, señores (mirando á todos los circunstantes, prosiguió), que esta mujer que aquí veis atada como loca, y libre como atrevida, es aquella famosa Rosamunda, dama que ha sido, concubina y amiga del rey de Inglaterra, de cuyas impúdicas costumbres hay largas historias y longuísimas memorias entre todas las gentes del mundo: esta mandó al rey, y por añadidura á todo el reino; puso leyes, quitó leyes, levantó caidos viciosos, y derribó levantados virtuosos; cumplió sus gustos tan torpe como públicamente, en menoscabo de la autoridad del rey, y en muestra de sus torpes apetitos: que fueron tantas las muestras y tan torpes y tantos sus atrevimientos, que rompiendo los lazos de diamante y

las redes de bronce con que tenia ligado el corazón del rey, le movieron á apartarla de sí, y á menospreciarla en el mismo grado que la habia tenido en precio: cuando esta estaba en la cumbre de su rueda, y tenia asida por la guedeja á la fortuna, vivia yo despechado, y con deseo de mostrar al mundo cuán mal estaban empleados los de mi rey y señor natural: tengo un cierto espíritu satírico y maldiciente, una pluma veloz y una lengua libre; deléitanme las maliciosas agudezas, y por decir una perderé yo, no solo un amigo, pero cien mil vidas. No me ataban la lengua prisiones, ni enmudecian destierros, ni atemorizaban amenazas, ni enmendaban castigos; finalmente, á entrambos á dos llegó el dia de nuestra última paga: á esta mandó el rey que nadie en toda la ciudad, ni en todos sus reinos y señoríos le diese, ni dadas ni por dineros otro algun sustento que pan y agua, y que á mí junto con ella nos trajesen á una de las muchas islas que por aquí hay, que fuese despoblada, y aquí nos dejasen: pena que para mí ha sido mas mala que quitarme la vida, porque la que con ella paso, es peor que la muerte.

Mira, Clodio, dijo á esta sazón Rosamunda, cuán mal me hallo yo en tu compañía, que mil veces me ha venido al pensamiento de arrojarme en la profundidad del mar, y si lo he dejado de hacer, es por no llevarte conmigo, que si en el infierno pudiera estar sin tí, se me aliviaran las penas. Yo confieso que mis torpezas han sido muchas, pero han caído sobre sugeto flaco y poco discreto; mas las tuyas han cargado sobre varoniles hombros y sobre discrecion experimentada, sin sacar dellas otra ganancia que una delectacion mas lijera que la menuda paja que en volubles remolinos revuelve el viento: tú has lastimado mil ajenas honras, has aniquilado ilustres créditos, has descubierto secretos escondidos, y contaminado linajes claros; haste atrevido á tu rey, á tus ciudadanos, á tus amigos y á tus mismos parientes, y en son de decir gracias te has desgraciado con todo el mundo; bien quisiera yo que quisiera el rey, que en pena de mis delitos acabara con otro género de muerte la vida en mi tierra, y no con el de las heridas que á cada paso me da tu lengua, de la cual tal vez no están seguros los cielos ni los santos. Con todo eso, dijo Clodio, jamas me ha acusado la conciencia de haber dicho alguna mentira. A tener tú conciencia, dijo Rosamunda, de las verdades que has dicho tenias harto de qué acusarte, que no todas las verdades han de salir en público, ni á los ojos de todos. Sí, dijo á esta sazón Mauricio: sí, que tiene razon Rosamunda, que las verdades de las culpas cometidas en secreto, nadie ha de ser osado de sacarlas en público, especialmente las de los reyes y príncipes que nos gobiernan; sí, que no toca á un hombre particular reprender á su rey y señor, ni sembrar en los oídos de sus vasallos las faltas de su príncipe; porque esto no será causa de enmendarle, sino de que los suyos no lo estimen: y si la correccion ha de ser fraterna entre todos, ¿por qué no ha de gozar de este privilegio el príncipe? por qué le han de decir públicamente y en el rostro sus defectos? que tal vez la reprension pública y mal considerada suele endurecer la condicion del que la recibe, y volverle antes pertinaz que blando; y como es forzoso que la reprension caiga sobre culpas verdaderas ó imaginadas, nadie quiere que le reprendan en público; y así dignamente los satíricos, los maldicientes, los mal intencio-